

NOCHEBUENA



Con que no hay que volverse atrás. Tú, Carmen, nos esperas á las doce en punto en tu casa.

Procura estar acompañada de dos ó tres amigas; yo iré con otros tantos muchachos de buen humor. ¡Qué demonio, pasaremos juntos la Nochebuena!

—Te advierto que la vieja está mala.

—¿Y eso qué importa?

Tales palabras se cruzaban, hace cuatro navidades próximamente, entre Carmen, hermosa criatura de diecinueve años, que llevaba dos rodando por los cafés y por las calles de Madrid con el mantón sobre los hombros y el pañuelo de seda sobre la cabeza, y Antonio, un es-

tudiante de medicina, tan poco aficionado á los goces de la familia, como amigo de divertirse y de gastar alegremente el dinero que le mandaban sus padres para matrículas y otras atenciones de la carrera.

—¿Qué tiene tu madre? preguntó Antonio á la muchacha.

—No lo sé. Hace unos días se metió en la cama con dolor de costado, y sigue mala y tose mucho, y dice que le falta la respiración.

—¡Bah! No te apures; eso es un catarro. Mira, tú lo preparas todo; yo encargaré la cena. Tendremos manzanilla *champagne*, *cognac*, y luego te daré diez duros para un par de botas.

—Bueno. Cuenta conmigo. Y gracias por los diez duros. Precisamente no hay en casa ni un ochavo.

—Pues toma eso hasta la noche.

Y Antonio puso en la mano de la joven un billete de cinco duros.

—Adiós, dijo ésta.

—Hasta luego, repuso él; y se alejó silbando un aria de zarzuela por la calle de Alcalá abajo, mientras Carmen se metía por la de Peligros, moviendo sus caderas, sobre las cuales se ceñía lascivamente su mantón de ocho puntas, y exclamando en voz baja:

—¡Vaya! Con estos cinco duros podré comprar la medicina y encender lumbre. ¡Buena falta le estaban haciendo las dos cosas á aquella pobre!

* * *

A las doce en punto de la noche estaban reunidos en el comedor de Carmen, Antonio, dos compañeros suyos, la dueña de la casa y dos mujeres jóvenes como ella, y como ella poco cuidadosas del qué dirán. Encima de la mesa humeaba el primer plato del festín; una moza desharrapada y flacucha preparaba en la cocina los restantes manjares; varios leños ardían en la chimenea, con gran asombro de los morrillos, poco hechos á semejantes abundancias, y una lámpara colgada del techo repartía sobre el mantel, con el auxilio de una pantalla de cartón, su luz temblorosa y amarillenta.

¡Espectáculo extraño el de esta habitación desmantelada, en cuyas paredes describían fantásticos perfiles las llamas, que, al subir retorciéndose por los leños, arrojaban sobre el muro sombras inciertas y resplandores indecisos! ¡Más extraño aún el de aquellos hombres y aquellas mujeres

que, agrupados en torno de la mesa y desconocidos los unos para los otros pocas horas antes, tratábanse entonces con franca y sincera alegría, y chocaban los vasos, cambiando en voz baja frases y promesas de amor, nacidas con el primer sorbo de vino y llamadas á desaparecer con el último burbujeo del *champagne*!

Espectáculo extraño que hubiera sido repugnante si la juventud y la hermosura no tuvieran el privilegio de transformar en bello lo deforme, y de cubrir el eco repulsivo de las orgías mercenarias con el rumor de las carcajadas que se escapan de unos labios sonrosados y frescos y con el fuego que despiden unos ojos iluminados por la pasión, por la alegría y por el placer.

Por tal causa resultaba armónico y tenía no sé qué misterioso encanto aquel grupo de hombres y mujeres, separados ellos de sus familias, faltas ellas de las ternuras y de los goces íntimos del hogar, y reunidos en el comedor de una entretenida para formar una familia de artificio, que, al deshacerse, grabaría un recuerdo grato en la memoria de todos, sin dejarles ni el sabor acre de la ruptura, ni las tristezas del desengaño.

¡Lástima que tan agradable conjunto se viese turbado por los quejidos que salían de una alcoba inmediata, donde *la vieja*,

como la llamaba Carmen, se retorció en su angosto lecho, revolviéndose entre espasmos y convulsiones, que contraían su rostro lleno de arrugas y carcomido por la vejez.

Pero después de todo, *la vieja* no podía quejarse. Gracias á la fiesta que se celebraba, había tomado su medicina y tenía lumbré en la alcoba.

*
*
*

La cena tocaba á su fin. El último plato acababa de ser puesto encima de la mesa por la moza que hacía oficios de camarero; Antonio se disponía á descorchar la primera botella de *champagne*, y los restantes comensales, con los ojos encendidos, coloreadas las mejillas, entreabiertos los labios y ardoroso el aliento, se entregaban á energías y locas expansiones, que si no eran el amor precisamente, guardaban con él relaciones iguales á las que existen entre la respiración y el hipo.

—Espera—gritó Carmen, dirigiéndose á Antonio, que se disponía á cortar el alambre de la botella. —¡Rosa!—añadió, volviéndose hacia la mozueta que había servido los

manjares:—vete allá dentro á ver si la vieja necesita algo.

La criada salió, y Antonio, tirando con fuerza del alambre, lo hizo pedazos, y mientras el corcho saltaba al techo produciendo un *¡pam!* seco, la espuma se desbordaba por el cuello de la botella, con rumor alegre y bullicioso. Todas las manos, empuñando las copas, se extendieron hacia adelante, y el *champagne*, cayendo sobre éstas y describiendo en su fondo caprichosas ondulaciones, las tiñó con matices de oro, á través de los cuales se quebraban y se descomponían los rayos amarillentos del quinqué.

—¡A la una, á las dos!... exclamó Antonio.

Las copas subieron perpendicularmente, y una carcajada general estalló en la estancia.

En aquel momento se oyó un grito de angustia, y la mozueta que servía á Carmen apareció en el comedor con el semblante pálido y los ojos fuera de las órbitas.

—¡Tu madre...! dijo dirigiéndose á Carmen.

—¿Qué? repuso ella.

—No sé, pero está inmóvil en la cama; la he llamado, y no me contesta.

Carmen echó á correr en dirección de la alcoba, y todos la siguieron.

Allí, iluminado por una lamparilla de

aceite, veíase un lecho sucio y miserable, y tendida en él, con la rugosa cara contraída por el gesto supremo de la agonía, los miembros rígidos y la cabellera gris, desordenada y revuelta, estaba la vieja, inmóvil, semidesnuda, con las pupilas fijas en uno de los ángulos de la pared.



—¡Madre!—gritó Carmen abalanzándose sobre aquel cuerpo aniquilado.—¡Madre!... ¡No responde! murmuró. ¿Qué tiene?

—¿No lo ves?—repuso una de sus compañeras:—está muerta.

—¡Muerta! exclamó la joven; y al retroceder hacia los otros, tropezó con la mano con que empuñaba la copa mediada de vino en uno de los barrotes del lecho.

La copa saltó hecha pedazos, el líquido salpicó la cama, y una gota espumosa de *champagne* cayó de golpe sobre los labios descoloridos de la muerta.



LA FLOR DEL PANTANO

COMO en los cuadros sombríos de Ribera se destacan sobre las tintas oscuras del fondo la figura del santo y la figura del ángel, descarnada, triste y miserable la una, sonriente la otra, y formando un tono armónico las dos, así en aquel fondo constituido por el quicio tenebroso de una puerta y por

el enfangado piso de una calle, sobre cuyas piedras golpeaba la lluvia con rumor sordo y continuo, destacábanse el contorno confuso de la mendiga, montón de huesos, de arrugas y de harapos, más que guarecido, arrinconado contra las baldosas del portal, y la imagen esbelta de la niña que, chapoteando en los charcos con sus piecitos desnudos, corría al encuentro de los transeúntes en demanda de una limosna, que la mayor parte de ellos no entregaban; ¿por avaricia? nada de eso: por no enfriarse las manos.

La fraternidad humana tiene sus límites, y en esos límites no entra el sacrificio momentáneo de la epidermis.

Semejante grupo, y con especialidad aquella criatura de nueve ó diez años, ha llamado mi atención en el transcurso de varias noches, y algunas veces me he detenido á mirarlo, porque la pobre niña es hermosa, y su hermosura resplandece entre su miseria, como los relámpagos en la oscuridad, con luz siniestra y deslumbradora.

Compadece y encanta á un tiempo su cuerpecillo, envuelto por una túnica hecha de jirones recogidos al azar y remendados con instinto churrigueresco; dan pena sus pies, encallecidos por el roce áspero de los

guijarros; provocan la angustia sus manos rojas y agarrotadas por el frío, que se extienden hacia adelante en actitud de súplica; y atraen y seducen sus ojos grandes, negros é inteligentes, su naricilla reman-gada y burlona, sus labios frescos, su barba redonda, su frente ancha y su cabellera despeinada, que se pierde, revuelta y tumultuosa, entre los pliegues deshilachados de un pañuelo de percal.

¡Hechicera imagen sacudida por las privaciones y moldeada por la desgracia! Tras las amarguras de su presente, ¿qué tiene reservado para ella el porvenir?

Yo he pensado en esto muchas veces, formando á mis solas el proceso lógico de aquella existencia, y he visto con los ojos de la imaginación algo muy triste y que, sin embargo, representa el futuro de esa muchacha que todas las noches viene á mi encuentro y acaricia mi oído con su voz fresca y temblorosa.

Pasará el tiempo; seguirá la mendiga acurrucada en el quicio de la puerta; seguirá la infeliz criatura implorando el público socorro, y llegará, al fin, una noche en que deteniéndose, más que por capricho, por azar, frente á uno de esos grandes espejos que decoran las tiendas de lujo, vea reflejada su imagen sobre la superficie del

cristal, y observe que su cuerpo, redondeándose, ha adquirido formas espléndidas, curvas graciosas que, levantando el seno, contorneando la cintura, dando mayor ensanche á las caderas y á los hombros, más redondez á los brazos y más robustez á la garganta, han transformado en mujer á la niña; al ver esto verá que sus ojos resplandecen con luz extraña; que las ventanillas de su nariz se dilatan á impulso de desconocidos apetitos; que sus labios se entreabren, avarientos de goces; que sus mejillas se colorean y que estas múltiples vibraciones de su organismo la embellecen; sentiráse hermosa, y por serlo, mirará con asco sus harapos, tendrá ansias de vivir la vida que su instinto la ha hecho comprender, y será del primero que pase por su lado, y al pasar la mire, y al mirarla le ofrezca á cambio de su juventud un mantón de abrigo, un pañuelo de seda y unas botas pespunteadas con tacón alto y caña de *satín*.

Así vivirá un año, dos, cinco, diez, pasando de uno en otro, en ese comercio del vicio donde, como en todo tráfico comercial, el mejor postor se lleva la prenda, dejando en poder de cada uno un jirón de su vida exuberante y de su sangre fresca, hasta que, inservible y deshecha, vuelva al

punto de partida con los mismos harapos que antes, pero sin los atractivos de la inocencia y sin los encantos de la niñez.

¡Qué remedio! Tal es el destino implacable de estas existencias arrojadas en el arroyo por la indiferencia común, sin amparo, sin guía, sin sostén y sin alma: que no es alma un montón confuso de sentimientos embrionarios que nadie se cuida de desarrollar ni dirigir. A semejanza de las flores que nacen al borde del pantano donde la gente no se aproxima, temiendo fiebres perniciosas, la pobre niña tiene marcado su destino.

La flor del pantano crece á la orilla de las aguas infectas; débil el tallo, falto de savia, raquítico á causa de la atmósfera enrarecida que le envuelve, se levanta con trabajoso esfuerzo al principio; al cabo se yergue vencedor, ostenta sus encendidos tonos, que al excitar el apetito de los transeuntes, al detener su paso, y al provocar su admiración, la proporcionan á ella un triunfo efímero, que duralo que duran aquellas hojas de vistosos colores y de aterciopelados matices.

Pero las flores se marchitan, la planta palidece, las raíces se secan, y el tallo, mustio, inservible y rugoso, se dobla y cae en el fondo de las aguas corrompidas, no

sin dejar antes sobre la ribera alguna semilla que fructifique y perpetúe los destinos de su especie desventurada y miserable.

¡Pobre niña la que yo veo todas las noches, roída por el hambre, educada por la miseria y expuesta al golpeteo de la lluvia, al embate del frío y á la curiosidad indiferente de los que tienen casa donde dormir, hogar donde acogerse, pan para nutrir el estómago é instrucción para alimentar el espíritu!...

¡Pobre flor del pantano, nacida en el fango y destinada á morir en el fango, sin que nadie la recuerde ni nadie la llore!...



EL RETRATO DEL REY

TUVE ocasión de verlo en el escaparate de una lujosa tienda de la Carrera de San Jerónimo. Representaba el retrato la efigie de nuestro Rey, ó, mejor dicho, del rey de España, don Alfonso XIII, vestido de Capitán general, con el pecho lleno de placas y grandes cruces, la espada al cinto y el cetro de oro, atributo de dominio absoluto, en la mano derecha.

Si he de decirlo francamente, me produjo muy desagradable impresión el retrato, no por la pintura — y era menos que me-

diana, - sino por el mal gusto del pintor en revestir á un niño, cuya imagen real atrae y seduce con los prestigios de la infancia, con aquellos ornamentos que, arrebatándole los encantos de su inocencia, le transforman en un máscara ó en un símbolo de fuerza, que si pudo representar mucho en las viejas Monarquías y en las costumbres tradicionales, representa muy poco para nuestra época, durante la cual el pueblo se une (cuando se une) á sus reyes por el respeto y el amor, no por el miedo y la servidumbre.

Delante de ese retrato podrán los enemigos de la Monarquía (que enemigos tiene en España, como en todos los países del mundo) traer á su recuerdo la idea de que el niño de cuatro años, á quien ha vestido un pintor de pésimo gusto el uniforme que sólo en fuerza de proezas y tiempo pueden usar los militares, no tiene para usarlo más derechos que los que le concede su nacimiento, ni otros prestigios que los que le otorga la herencia; enfrente de esa copia antiartística, pueden combatirse las opiniones y encontrar argumentos en favor suyo los adversarios del régimen monárquico que ahora nos rige; y puede también despertarse todo lo que significa odios, rencores, resistencias, ansias de lucha y esperanzas de triunfo.

Pero tales ó semejantes sentimientos no se alzarán nunca delante de otros retratos que yo he tenido ocasión de ver, en los cuales, y al lado de una madre en cuyo semblante pálido se reflejan las tristezas del recuerdo y los temores del porvenir, se ve á un niño, nada más que á un niño, llamado á ser Rey por los caprichos de la suerte, levantando al cielo su cabecita infantil y entreabriendo sus labios, en los cuales brilla una sonrisa candorosa, no enturbiada aún por las amarguras del desengaño y por la fiebre de la ambición; delante de un niño, mendigo ó Monarca, todas las frentes se humillan y todos los corazones laten á impulsos del amor, de la confianza y del cariño; porque hay algo en esos semblantes donde alborea la existencia, que pone respeto en los labios y afectos puros y generosos en el alma.

Yo no hablo, no puedo hablar como político en este artículo. He visto muy de cerca lo que valen, á juicio de los hom-



bres encargados de representarlos, los ideales que en la política se inspiran, para que no produzcan en mí profunda aversión y absoluto desprecio; hablo como artista, como ser que siente lo bello, y por sentirlo protesta indignado contra el afán ridículo de un pintor que transforma á un niño en General, cuando con mucho menos trabajo podía haberlo convertido en ángel.

Si yo fuera pintor; si por mi cerebro hubiese cruzado la idea de retratar á Alfonso XIII, no lo hubiera hecho nunca empleando los colores de mi paleta y la potencia de mi entendimiento en disfrazarlo de guerrero, de sujeto temible, de señor victorioso y omnipotente; no: la infancia, si ha de ser grande, si ha de ser sublime, no tiene más que una fórmula de expresión: ella misma. Con jirones si nació allá abajo, en las últimas capas sociales; con encajes si el Destino le colocó arriba; pobre ó rico, noble ó plebeyo, el niño hubiera sido niño, y nada más que niño. No podía ser nada mejor.

No le hubiera pintado vistiendo insignias que sólo le corresponden por la ley; hubiérale pintado como le vi no hace muchos meses en la playa de San Sebastián, en aquella playa tranquila, cercada de montes gigantescos, sobre los cuales crecen árboles frondosos y se extienden blan-

cos y alegres caseríos; hubiérale pintado allí, con la rubia y rizosa cabellera agitada por el viento del mar, entreabiertos los labios para aspirar el aire de vida que el Océano le enviaba, desnudos los brazos y chapoteando con sus pies, desnudos también, en la irisada espuma que depositaban las olas sobre la movediza arena de la playa: hubiérale pintado así, y hubiera obtenido un triunfo indiscutible.

Triunfo tanto mayor, como que en presencia de él se hubieran inclinado todas las frentes y se hubieran conmovido todos los corazones, acatando la más santa de las realezas y el más indestructible de los prestigios:

El candor de la infancia; la inocencia de la niñez.





CONFLICTO FRANCO-ALEMÁN

Se trata de un dato recogido por mí casualmente; no tiene valor positivo en la apariencia, y sin embargo podría servir de mucho á cuantos, ocupando su tiempo en resolver cuestiones internacionales, conside-

ran la enemistad de Francia y Alemania como base principalísima del conflicto europeo.

Ya me sé yo que los tales políticos y estadistas soltarán una carcajada mayúscula si me leen (cosa que dudo mucho), al enterarse del nuevo argumento que voy á aducir en confirmación de la proximidad de una guerra, tan inevitable como necesaria, entre la República francesa y el Imperio alemán. Ellos, que fundan sus profecías en rectificaciones de frontera, afanes mutuos de preponderancia, exigencias del equilibrio y otra porción de motivos históricos y diplomáticos, no podrán comprender la enorme importancia de este dato insignificante, recogido al acaso en las calles bulliciosas y alegres de París.

¿Cuál es el dato? Voy á exponerlo; y conste que respondo de su certeza, por haberme proporcionado persona que merece mi más absoluta confianza.

*
*
*

Él era un joven alto, fuerte, robusto, con el pelo rubio, la piel encendida, el cuello ancho, las espaldas macizas y los ojos azules. Hijo del Norte, llevaba impresos en su

cuerpo los rasgos característicos de su raza: la fuerza, la salud y la testarudez. Recién llegado á París, repletas las venas de sangre y la cartera de billetes de Banco, mostrábase afanoso por gozar los múltiples placeres que ofrece la gran población á los que tienen resistencia y fortuna bastantes para disfrutarlos. De todos ellos quería saturarse aquel hombre, y más que de ninguno, de cuantos pudiera ofrecerle una mujer muy hermosa, muy elegante y muy cara que excitaba entonces las atenciones y los apetitos de la juventud loca y de la vejez trasnochada que frecuenta las lujosas habitaciones de la *Maison dorée*.

Ella era delgada, pálida, flexible. En sus ojos oscuros relampagueaban todas las energías propias á la raza latina, á esa raza apasionada, vehemente impresionable y generosa; su naricilla remangada y sensual, sus labios entreabiertos y su cutis fino resultaban un prodigio de belleza, mientras su conjunto esbelto y bien contorneado, donde había más nervios que sangre, mostraba en su mismo atractivo abandono, cierto no sé qué de invencible y de salvaje independencia.

Nacida en medio del arroyo, hija del pueblo y nutrida con los mismos sentimientos y pasiones con que éste se nutre, aquella mujer, satisfecha de su impudor y guiada

por su hermosura, había subido desde las últimas capas sociales hasta las primeras, donde imperaba de contrabando á expensas de los viciosos ricos y muy á disgusto de gran número de madres de familia; y aquella mujer era la que, despertando los deseos del extranjero, y previo el anticipo de una suma metálica no despreciable, le llevó una noche á su casa, verdadero nido de amores transitorios, decorado con lujo de gran señora y con gusto exquisito de artista.

—Espérame aquí, dijo la francesa al extranjero, haciéndole sentar en uno de los ricos sillones que decoraban el elegante gabinete; espérame aquí, voy á mudar de traje; volveré en seguida. Cenaremos juntos.

Quedó el extranjero solo, examinando con alegre curiosidad los múltiples y artísticos adornos de aquel gabinete, entre los cuales sobresalían cuadros que llevaban al pie la firma de pintores notables; barros y mármoles de tanto mérito como valor; libros de los mejores poetas y novelistas franceses, todo aquello, en fin, que puede hacer llevaderas y soportables las torturas de un deseo ansioso de satisfacerse, y que, iluminado por una lámpara de tres brazos y por las llamaradas azules que despedían los troncos amontonados en la chimenea de mármol, llevaba al espíritu la ilusión de que

era, no la mujer vendida, sino la mujer enamorada, la que iba á aparecer ante los ojos del extranjero para pagarle con caricias del alma el oro sacado por él de las profundidades de su bolsillo.

Y la mujer apareció más hermosa que nunca, vistiendo una bata de seda oscura que se plegaba lascivamente sobre su cuerpo, y se abría en los hombros con tentador y modesto descote, para descubrir hipócritamente la piel blanca y satinada de un pecho robusto y las graciosas curvas de una garganta irreprochable.

—Cenaremos antes, dijo ella. Y á la señal dada por el timbre apareció una joven digna por su aspecto de ser doncella de una duquesa y presentó la cena y sirvió los vinos, mientras su señora seguía con el extranjero una conversación llena de promesas seductoras y de picantes galanterías.

Hermosa estaba cuando el joven, inclinándose hacia ella con la copa de *champagne* en una mano, rodeó con la otra su talle flexible, y le dijo al oído, con voz vibrante de deseos:

—¡No he visto en mi país ninguna mujer tan bella como tú!

—¿Qué país es el tuyo? preguntó ella acriándole con los ojos y con la sonrisa.

—Alemania.

Al oír esta palabra, el rostro de la joven sufrió una transformación completa; sus ojos brillaron con cólera, su rostro se puso pálido y sus labios contraídos expresaron la ira. El hombre que la abrazaba era un alemán, un enemigo de su patria, uno de los que habían causado la muerte de su padre, de su hermano ó de su amante en los alrededores de París.

Todo el odio francés contra Alemania se reflejó en el semblante de la cortesana gala, y deshaciéndose del germano con ademán brusco, abrió un cajón de su escritorio, cogió de él un puñado de billetes, los arrojó desdeñosamente sobre la mesa, y con voz preñada de rencores y de amenazas, gritó al extranjero, señalándole con el brazo extendido la puerta de la habitación:

— *Sort prussien!*



LA EPOPEYA DE UNA CINGARA

EL sol caía á plomo sobre la ancha carretera uno de esos caminos oficiales de Castilla en cuyas lindes busca inútilmente el viajero un árbol que le preste sombra ó un arroyo donde calmar su sed. Campos agostados, planicies incultas, áridos y desiguales montículos, mucha luz en el cielo y poca alegría en la tierra: he aquí el espectáculo ofrecido por aquella naturaleza se-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1625 MONTERREY, MEXICO

dienta, amodorrada, codiciosa de aire y de frescura, en la que el silencio hubiera reinado en absoluto á no ser por alguna que otra banda de codornices, las cuales, alzándose de entre los rastros, cruzábanlos presurosamente con un rumor no interrumpido de gritos salvajes y de vigorosos aleteos, levantando una nube de polvo, que se transformaba en lluvia de oro al caer herida por los rayos del sol.

Tarde calurosa de Agosto, que convertía en inhospitalario desierto el camino y los campos que lo circundaban, era aquella; y perdida en este desierto, sufriendo el bochorno, que abrasaba la atmósfera, asfixiándose con el polvo por ella misma levantado al proseguir su rumbo, veíase una pequeña y miserable caravana, que hubiese puesto piedad en los ojos y amargura en el corazón de quien la mirase atentamente; pero los hombres suelen mirar estas cosas sin verlas; para ellas no existen otros ojos ni otro amparo que los de Dios; y hasta Dios suele distraerse muchas veces.

Constituían la caravana una mujer, un burro y tres niños.

La mujer iba delante, descalza de pie y pierna, cubierta de andrajos y de polvo, moviéndose con fatigosa lentitud, entreabriendo la boca para respirar el aire que

penetraba en sus pulmones, y sosteniendo en sus brazos á un niño de pocos meses, envuelto en un jirón de lienzo remendado y sucio; el niño estrujaba con sus manecitas el pecho de la madre, y tiraba de él, sujetándolo con sus labios, para extraer el jugo que generosamente le ofrecía. La mujer era joven, y hubiera sido también hermosa, á juzgar por sus ojosnegros y brillantes, por sus labios rojos, por su denta dura blanca é igual y por la esbeltez de su cuerpo entero, si la miseria, al apoderarse de ella, no la hubiese deformado y envejecido, curtiendo su cutis, arrugándolo prematuramente, enflaqueciendo sus carnes y enmarañando su cabellera, que se pegaba entonces á una frente ennegrecida y sudorosa; la pobre criatura pudo ser bella, pero de su belleza no queda más rastro que el de sus pupilas, expresivas y negras, clavadas con profundo amor en el rostro moreno de su hijo.

Detrás de ella marchaba el asno, sucio, flaco y ceniciento pollino, de vientre angosto y lomo huesudo, con las orejas gachas, el rabo caído y las patas llenas de esparavanes, sosteniendo por carga única dos anchos alforjones que caían á uno y otro lado de la albarda; dentro de ellos, sobre un montón de trapos y papeles, iban dos niños, que se servían mutuamente de

contrapeso, ofreciendo á la vez doloroso contraste, pues mientras el más joven dormía con la cara echada hacia atrás, la sonrisa en la boca y la salud en las mejillas, el mayor, de edad de cinco años, retorciéndose sobre el inconcebible camastro, miraba á su madre con ojos muy abiertos, extraviados por la fiebre, y contraía sus labios á impulso de internos dolores, y agonizaba de calentura bajo aquella atmósfera de plomo.

¿Quiénes eran? ¿De dónde venían? ¿Por qué atravesaban el estéril camino con una criatura enferma al lado y un sol implacable en el cielo, los individuos de aquella caravana?

¿Quiénes eran? Una familia de cingaros, huérfana de padre, que recorría Europa implorando la pública caridad. ¿De dónde venían? Del inmediato pueblo, en el que no pudo detenerse la mujer un instante siquiera para llenar su cántaro vacío, porque los aldeanos la habían amenazado con golpearla, á ella, á la miserable, á la vagabunda, á la bruja, á la gitana, si no partía inmediatamente de allí, sin alimento, sin agua, sin reposo, con su hijo enfermo, con sus pies heridos, con su pecho exhausto, maldita de Dios y perseguida de los hombres; y la infeliz mujer, amedrentada, sola,

sin sostén, sin ayuda, abandonó la aldea y prosiguió su marcha entre el polvo y el calor, volviendo de cuando en cuando los ojos para contemplar á su hijo enfermo, y clavándolos después, con expresión amarga y rencorosa, en el distante lugarejo, del que sólo podía distinguirse la torre de la iglesia destacando en el espacio su contorno gris.

*
*
*

El niño enfermo, incorporándose trabajosamente sobre la alforja que le servía de cama, extendió sus brazos en dirección de la joven, y dijo con voz débil:

—¡Madre!...

La cingara respondió al llamamiento, dirigiéndose precipitadamente al sitio que ocupaba el muchacho.

—¿Qué quieres, hijo mío?—murmuró dejando al niño de pecho junto á su hermano dormido, y rodeando con sus brazos la garganta del enfermo.

—Agua—respondió éste.—Dame agua... tengo mucha sed...; me quema aquí.

Y señalaba con un dedo su pecho tembloroso y desnudo.

—¡Agua!—gritó la madre con espanto.—¡Agua!... ¿Dónde encontrarla, hijo?

—¡Agua!—repuso el niño.—¡Me muero de sed!...

Y entreabría sus labios abrasados por la fiebre, y miraba á su madre con miradas tan suplicantes, tan llenas de amargura, que ésta se puso pálida y rompió en sollozos.

Era su hijo, la carne de su carne, el que reclamaba un socorro del que dependía acaso su existencia: y ella, su madre, no podía prestárselo; en vano registró con ansia el interior del cantaruelo: estaba vacío, no quedaba ni una gota de agua en su fondo; la mujer miró al cielo, en el cielo no había una nube; registró después el camino solitario, los campos de trigo, las planicies, las praderas, el horizonte entero, en fin; ¡nada!, no encontró nada. Aquella tierra sedienta parecía decir á la cingara, mostrándole sus fauces contraídas y secas: “¿Agua para tu hijo?... Aquí no hay agua para nadie. ¡Que se muera de sed como yo!”, Y la cingara, abrazando el cuerpo del muchacho, repetía con gesto de fiera y ademán de loca:

—¡No hay nada! ¡no puedo darte nada! ¿Dónde voy á encontrar ahora agua, hijo mío?...

¡Pobre mujer!... Allí no brotaba más que un manantial: el de su llanto.

De pronto la cingara sonrió, con una son-

risa de esperanza; á cuatro pasos del grupo alzabase la caseta de un peón caminero; su puerta cerrada, como sus ventanas, predecía la ausencia del dueño; pero acaso estaría dentro alguien que pudiera atender sus súplicas, y la joven golpeó nerviosa-



mente aquella puerta inmóvil. Sus afanes fueron inútiles; nadie vino en su auxilio tampoco.

Rendida de llamar, sin saber lo que hacía, dió vuelta á los muros, y cuando llegaba á la espalda de la casa, vió con placer y con asombro, recostada contra la tapia y protegida por la sombra de ésta, una cazuela llena de agua. La mujer miró esto,

pero no pudo mirar—á tal extremo la cegaban la sorpresa y el júbilo—que al mismo tiempo que ella, y movido por iguales deseos, se dirigía hacia el cacharro un mastín enorme, con el pelo erizado, la boca abierta, la baba colgando y los ojos codiciosos y brillantes.

Al distinguir á la mujer, el perro lanzó un gruñido: la cingara levantó la cabeza, y comprendiendo las intenciones del animal, apresuró el paso; uno y otra llegaron á la vez al lado del cacharro, y se detuvieron un instante para contemplarse en ademán de desafío; la mujer extendió el brazo, y su enemigo, al advertir el movimiento, acortó distancia y se puso delante de la cazuela con las pupilas encendidas y enseñando los dientes.

No pensaba en huir; hallábase dispuesto á defender aquel cacharro lleno de agua.

—¡Ah, tú también!—gritó la cingara contemplando á su adversario con rabia.—¡Pues no lo tendrás!

Y descargó un vigoroso puñetazo sobre el hocico del mastín.

Este dió un salto, apoyó sobre el pecho de la joven sus patas delanteras, la obligó á caer al suelo é hizo presa en su hombro. La cingara lanzó un grito de dolor y de furia; y, sin acobardarse, frenética, deses-

perada, cogiendo con ambos manos la garganta de su enemigo, apretó con rabia, con ira, con frenesí, con heroico y brutal arranque, mientras el perro la desgarraba el hombro con sus afilados colmillos.

La lucha siguió breves instantes empeñada, silenciosa, terrible; los dos combatientes se revolcaban por el suelo, dispuestos á vencer, y procurando conseguirlo, para lo cual clavaba el perro sus colmillos en los hombros de la mujer, y clavaba ésta sus dedos en la musculosa garganta del mastín...

De pronto el perro exhaló un quejido doloroso, abrió la boca, y cayó de espaldas. Los dedos de la cingara lo habían ahogado.

Esta se alzó del suelo jadeante, pálida; su corpiño, roto en jirones, dejaba al descubierto su pecho y sus hombros, en los que aparecían tres heridas anchas y profundas; por los labios de aquellas heridas brotaban tres hilos de sangre.

Pero la cingara no hizo caso; dió con el pie al cadáver de su enemigo; cogió la cazuela, objeto de la lucha; corrió en busca de su hijo, y sin cuidarse ni acordarse siquiera de sus heridas, ni de sus sufrimientos, ni de la sangre que corría por sus hombros, brillantada por los rayos del sol,

acercó el cacharro á los labios del enfermo y le dijo con sonrisa alegre y voz cariñosa:

—Aquí tienes agua' ¡bebe, hijo mío!



EN LA ESTACIÓN

I

EL JEFE

DESCÚBRESE allá lejos, muy lejos, en una planicie solitaria, á media legua de un pueblecillo que no figura en el mapa, ni es conocido por el gobernador de la provincia. Edificio pobre, modesto, de paredes de ladrillo y ventanas color de chocolate, se eleva en un desierto, con una huertecilla al costado, una aldea á la espalda, un sol im- placable en el cielo, un reloj de cobre en la